



Capítulo 140 - Un Arconte, Cuatro Reinas y un Virgilio.

Siguiendo a Zafiro, Rafaela y Estela, junto con Amón, Virgilio entró en un largo corredor, cuyas paredes estaban adornadas con intrincados relieves y esculturas que parecían contar antiguas historias del Inframundo.

La atmósfera estaba sumida en un pesado silencio, interrumpido únicamente por el sonido de sus pasos sobre el pulido suelo de obsidiana.

Al final del pasillo, se abrió un par de puertas dobles doradas, revelando lo que parecía ser una habitación "secreta".

Era, de hecho, un enorme salón con un techo alto sostenido por columnas negras que brillaban con inscripciones mágicas doradas.

En el centro, una inmensa mesa redonda dominaba el espacio, realizada en madera negra brillante, con grabados dorados que parecían latir débilmente, como si la mesa misma estuviera viva.

Cada asiento a su alrededor era igualmente impresionante: sillas talladas adornadas con símbolos que representaban a los demonios que las ocuparían.

Junto a cada silla, una criada esperaba en silencio. Sus posturas eran impecables, cada una encarnando la elegancia y la disciplina que exigían quienes servían a figuras tan poderosas.

Sin embargo, Vergil se detuvo al entrar, su expresión cambió a una mezcla de sorpresa y diversión cuando vio una figura familiar parada junto a una de las sillas.





"¿Estás aquí?" preguntó, levantando una ceja al reconocer a su leal doncella, Viviane, esperando junto a la silla claramente reservada para él.

Viviane, con su inmaculado cabello azul recogido y su uniforme de sirvienta perfectamente ajustado, hizo una reverencia respetuosa. Sin embargo, su mirada mantuvo su agudeza habitual. «Recibí la invitación de Lord Amon para servirle en esta mesa, Maestro Vergil», respondió con un tono más formal de lo habitual, un detalle que no se le escapó.

"¿Invitación? ¿O una orden?", murmuró Vergil para sí mismo, con una leve sonrisa formándose en sus labios.

Mirando a su alrededor, notó que Viviane no era la única presente representando su lealtad. Al otro lado de la sala, vio a una doncella de cabello púrpura a quien reconoció como Ei, de pie tranquilamente junto a la silla reservada para Raphaeline. Cerca de allí, Novah, una mujer con una presencia tan imponente como la de Zafiro, permanecía como una sombra protectora junto al asiento designado para la reina de cabello carmesí.



Vergil continuó observando, notando dos figuras más junto a la mesa. Una doncella de cabello blanco, de imponente presencia y figura generosa — imposible de pasar por alto— esperaba pacientemente la llegada de Cabernet. En cuanto Cabernet entró, se dirigió a su asiento sin intercambiar palabra con su sirvienta, como si su conexión fuera instintiva.

Al otro lado de la mesa, una mujer de cabello verde y ojos que brillaban con un aura casi hipnótica esperaba a Stella. Su postura era impecable, pero su mirada delataba una vigilancia aguda, lista para responder a cada orden de su señora.



"Bueno, parece que todos trajeron a sus acompañantes", comentó Vergil, acercándose a la silla que le indicó Viviane. Su mirada recorrió a cada doncella, observando mentalmente sus posturas y la energía que irradiaban.

No eran simples sirvientas, eso estaba claro...

«El aura de Novah... es mucho más fuerte de lo que imaginaba. Si es así... entonces Viola... debe ser formidable, ¿verdad?», pensó Vergil al principio, recordando que Viola era supuestamente la doncella de Zafiro, no Novah... o eso le habían hecho creer. Novah siempre había estado con Katharina, no con Zafiro...

Viviane, sin embargo, interrumpió sus pensamientos al acercarse a él. «Amo, por favor, mantén la compostura», susurró, como si intuyera que ya estaba planeando algo fuera de protocolo, y bueno, lo estaba haciendo...

"¿Serenidad? Siempre soy la viva imagen de la serenidad", respondió con una sonrisa despreocupada, lo que solo hizo que Viviane suspirara suavemente. A pesar de ello, mantuvo su expresión serena.



Vergil finalmente se acomodó en su silla, mirando alrededor de la habitación mientras los demás también tomaban sus asientos.

Amon se sentó en la silla central de la mesa, con una postura tan imponente como siempre, pero una notable irritación se reflejaba en su rostro. La sala, que antes albergaba un leve murmullo de expectación, quedó en completo silencio cuando él se puso a trabajar.

Sin preámbulos, sus palabras cortaron el aire como una cuchilla.



"Seré franco porque detesto andar con rodeos", dijo con un tono firme y carente de paciencia.

Todas las miradas estaban fijas en él, y por un breve instante, la tensión en la sala alcanzó un punto álgido. Entonces, Amón continuó:

"Quien mate al niño se convertirá en Arconte."

El impacto de su declaración fue como un trueno en la habitación, pero para sorpresa de algunos (o quizás no), nadie se movió.

Vergil arqueó una ceja, sorprendido, pero nada alarmado. Miró a su alrededor, esperando que algo sucediera, pero lo que encontró fue pura indiferencia. Las cuatro Reinas Demonio —Zafiro, Rafaelina, Estela y Cabernet— no reaccionaron como él esperaba.

Zafiro dejó escapar un suspiro de exasperación, cruzándose de brazos como si escuchara a un niño hacer un berrinche. Raphaeline apoyó la barbilla en la mano, con los ojos encendidos de puro aburrimiento. Stella puso los ojos en blanco como si lo hubiera visto venir a kilómetros de distancia, mientras Cabernet le lanzaba a Amón una mirada de pura incredulidad, como si fuera el único lunático en la habitación.

La falta de reacción fue tan evidente que incluso a Vergil le pareció divertida. Se recostó en su silla, entrelazando los dedos mientras observaba a Amón con una sonrisa pícar.

"Vaya, eso fue decepcionante", comentó Vergil con un tono de fingida decepción, rompiendo el incómodo silencio. "Pensé que estos tres no se molestarían, pero ni siquiera Gremory se inmutó. Qué sorpresa. Pero bueno, parece que aquí nadie tiene muchas ganas de ascender, ¿verdad?"





Zafiro no pudo evitar una risita. "¿De verdad crees que esa motivación funciona con nosotros, Amon?"

"Él cree que sí", dijo Cabernet con sarcasmo en la voz. "Es adorable. Ingenuo, pero adorable".

—Por favor —añadió Stella, con un tono cortante como una daga—. Matamos por muchas razones, pero ascender en la jerarquía no es precisamente la primera de la lista.

Raphaeline, que había permanecido callada hasta ahora, finalmente habló, con voz tranquila, pero con un matiz de sutileza cortante: "E incluso si lo fuera... Amon, ¿de verdad crees que alguno de nosotros sería tan tonto como para crear caos por algo así?"

La expresión de Amon se oscureció, pero no dijo nada.

—¡Qué aburridos son todos! —murmuró de repente, con un tono que lo despachó con indiferencia—. Bueno, lo intenté con el método demoníaco. Ahora lo haré a mi manera.

Con un chasquido de dedos, varias sombras emergieron alrededor de la mesa, moviéndose como serpientes de humo hasta depositar contratos ante cada persona presente. El pergamino negro, inscrito con tinta dorada, brillaba con una luz casi amenazante, como si los documentos estuvieran vivos.

Vergil arqueó una ceja, observando el contrato que tenía delante con una mezcla de curiosidad y escepticismo. Tomó la hoja con cuidado, dando vueltas entre los dedos.





"Un trabajo impresionante, lo admito. ¿Quién fue el artista?", bromeó con sarcasmo mientras miraba a Amon.

Amon soltó un gruñido bajo y exasperado. "Eso es un sello demoníaco, muchacho, no un cuadro para tu sala. Fírmalo".

—Tsk, me gustabas más cuando parecías un tipo enojado —murmuró Vergil, con un tono lleno de ironía mientras reconocía la pluma que estaba al lado del contrato.

Zafiro soltó una breve carcajada. "No querrás conocer a ese tipo, créeme. Pfft..."

"Si no lo hace, se morirá de aburrimiento", comentó Raphaeline, apoyando la barbilla en la palma de la mano mientras leía atentamente el contrato.

Cabernet, por su parte, se limitó a burlarse, garabateando ya su firma en el contrato con total desinterés. «Esto no es más que otro juego político disfrazado de urgencia. Como siempre».

Stella permaneció en silencio, analizando meticulosamente cada línea del documento, sus ojos verdes brillando con intensidad.

—Tienes un don para lo dramático, Amon —dijo Stella finalmente, pasando los dedos por el papel—. Pero supongo que esto es... aceptable, por ahora.

Vergil observó las reacciones de los demás antes de echarle un vistazo a Zafiro, quien ya estaba firmando sin dudarlo. Suspiré, resigné. "Bueno, si todos se lanzan al vacío, supongo que yo también me uniré".





Firmó el contrato con un gesto innecesariamente extravagante, como si estuviera firmando algo. Las sombras alrededor del papel vibraron un instante antes de desaparecer, como si reconocieran su firma.

Amon se cruzó de brazos y recuperó su postura autoritaria. "Muy bien. Ahora que estamos todos alineados... Hablemos de por qué estamos aquí".

Se cruzó de brazos otra vez y lanzó una mirada cansada a Vergil, como si ya se arrepintiera de todo antes ni siquiera de empezar.

"Zafiro, felicitaciones", dijo, con un tono que era una mezcla de ironía y resignación, mientras Zafiro sonreía de oreja a oreja, como si acabaría de ganar un premio.

"¡Gracias! Fue un trabajo duro, pero, francamente, soy increíble", respondió, moviéndose el pelo con un gesto dramático.



Amon suspiró, apretándose el puente de la nariz como si intentara evitar un dolor de cabeza inminente. "Ah... Te odio."

"Sentimiento mutuo, cariño", bromeó Zafiro, sin que su sonrisa vacilara, mientras Amon continuaba como si no hubiera dicho nada.

—Te odio, odio a tu hija, odio a Raphaeline, odio a la hija de Raphaeline, odio a Stella, y odio a la hija de Stella. Ah, y odio a tu marido. —Señaló a Zafiro antes de volverse hacia Vergil, quien le dedicó una sonrisa pícaro.

—Hola a ti también —dijo Vergil, haciendo una reverencia exagerada, como un maestro de ceremonias.



—Pero Cabernet —continuó Amon, volviéndose hacia la reina de cabello blanco—, eres la única aquí que no me da dolor de cabeza. Sigue así, por favor.

Cabernet simplemente levantó una ceja, indiferente, mientras bebía un sorbo de vino.

Amon volvió a suspirar y miró a Zafiro con un tono cargado de exasperación. "En serio, Zafiro... ¿tenías que armar semejante espectáculo? ¿En qué estabas pensando?"

Zafiro se encogió de hombros con la inocencia de quien era todo menos inocente. "La culpa es de Raphaeline. Decidió que quería una espada de Phenex y pensó que subastar a su hija era un trato justo. Yo solo... ajusté las piezas en el tablero".

Raphaeline, bebiendo su té con calma, miró a Sapphire sin el menor remordimiento. «La espada era bastante hermosa, para ser sincera».



"Ustedes dos son una pesadilla", se quedó Amon, levantando las manos en señal de frustración.

"Si Ada se hubiera quedado con Vergil desde el principio, nada de esto habría sucedido", agregó Zafiro, como si estuviera explicando algo obvio para un niño.

"¡Claro! Echemos la culpa al pobre", bromeó Vergil, levantando la mano como si fuera el mártir de la sala. "Esto va mejorando a cada segundo".

Amon lo fulminó con la mirada, esta vez con un brillo peligroso. "No me estás ayudando".



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

"Nunca dije que lo haría", respondió Vergil con una sonrisa burlona.

